PRÓLOGO

¿Mirada alerta y filosofía de la sospecha?

La aparición de un libro sobre las situaciones de las mujeres, sus derechos, la historia de sus reivindicaciones y de sus logros, siempre es un acontecimiento a celebrar[1]. A esta celebración nos sumamos gracias a la gentil invitación de Elena, la autora-compiladora de esta entrega. Decimos, autora porque la primera parte del libro es de su total autoría; decimos compiladora, porque la segunda parte incluye trabajos de otras investigadoras, que revisan las teorías y las prácticas de las mujeres que viven «extramuros» de Europa y que, directa o indirectamente, acusan recibo –bien lo sabemos– de los diseños hegemónicos y periféricos de las políticas en general. Y cuando decimos «extramuros», aludimos no solo a una cuestión urbana o geográfica, sino cultural, económica, e histórica, aunque algunas de esas mujeres vivan en los suburbios de las grandes ciudades europeas, poniendo de manifiesto el nuevo fenómeno de la feminización de las migraciones (y de la pobreza). Ambas perspectivas, se suman para enriquecer la mirada antropológica, interés subrayado por Elena Corrochano, quien ha diseñado este libro para uso preferencial de estudiantes de esa

[1] Inscribo este prólogo en el marco de los proyectos «*La igualdad de género en la cultura de la sostenibilidad: valores y buenas prácticas para el desarrollo solidario*» que dirige Alicia Puleo García (Universidad de Valladolid), España. FEM 2010-15599, período 2010-2013 en el que soy investigadora extranjera invitada y en el «Contribuciones para un análisis interdisciplinar de la violencia de sexo-género. Estrategias para su abordaje», CINIG-IdIHCS, FaHCE (H. 592), que dirijo en la Universidad Nacional de La Plata.

disciplina, pero de gran ayuda para todas y todos los que –inquietos por la situación de las mujeres– deseen comprenderla mejor, para superarla. Como sostiene la filósofa francesa Colette Guillaumin, pensar ya es cambiar; pensar un hecho ya es cambiar el hecho. Y el hecho de la exclusión histórica de las mujeres es «un hecho» que está siendo cambiado pero que exige aún una mirada alerta o, como desde hace años aprendimos con Celia Amorós, es un hecho que merece abordarse desde una filosofía de la sospecha. Sobre todo, porque seguimos constatando que tanto las teorías como las prácticas feministas siguen siendo necesarias para sostener los espacios ganados y ampliarlos.

La primera parte del libro, parte de la Ilustración y opera como memoria histórica de las mujeres. A lo largo del siglo XX, un amplio conjunto de actividades y propuestas, se vio sistemáticamente interrumpido por las guerras, los dislocamientos territoriales, lingüísticos y culturales, los autoritarismos y los cercenamientos de la memoria por la vía expeditiva del silenciamiento y la muerte. Por su parte, la Ilustración del otro lado del océano guarda un perfil diferente, como diferente es también su memoria de las guerras y de las expoliaciones. Sin embargo, con las modelizaciones propias de cada caso, de sus geografías y de los desencuentros culturales, las situaciones de las mujeres han sido semejantes. La aguda observación de Simone de Beauvoir, respecto de su situación de inmanencia y de los intentos de mantenerlas en la ahistoricidad, se comprueba una vez más: Dramáticos mecanismos de exclusión, les fueron impuestos a lo largo del siglo XIX, luego de que las guerras de las respectivas independencias las contaran como aliadas privilegias de los proyectos políticos independentistas. Esa relativa libertad, sin beneficios cívicos, se convirtió en las políticas de la «domesticidad» moldeadas sobre el Código Napoleónico. Luego, las crisis económicas, las inestabilidades políticas, las sacudidas sociales, las consecuencias de las propias guerras o ajenas, la prostitución internacional y las narcoguerrillas rompieron violentamente con los estereotipos del padre proveedor y de la madre doméstica, desafiando los proyectos de vida planeados bajo el Estado de Bienestar. Como las ondas concéntricas que se forman en un lago tras haber arrojado una piedra, Europa acusa también recibo de la crisis.

Y allí están las mujeres, con sus recursos, como sostiene Amorós, de economía doméstica fuera del *domus*. Podría decirse entonces que la primera parte de este libro sigue una ruta ilustrada que desemboca, con éxitos y fracasos, en las sociedades postsocialistas, por utilizar la terminología de

Nancy Fraser. En esa línea, hay varios problemas que interfieren en detrimento de los avances feministas, en particular y de las mujeres en general[2]. Siguiendo a Fraser, los más inminentes son aquellos que amenazan la justicia social global, de la que indirectamente las mujeres (y otros grupos postergados) se benefician. Así, pone en primer lugar el esencialismo o la reificación de los colectivos culturales, con la consecuencia –fácilmente colegible– de que se esencializa a las mujeres y se coagulan sus lugares como *naturales*, respondiendo a parámetros tradicionales de inferiorización[3]. Algunos aspectos de este proceso son señalados a lo largo del libro. En segundo lugar, Fraser advierte sobre la sustitución de la distribución por el reconocimiento en términos identitarios, postergándose el problema económico y sobre todo el reciente fenómeno –que ya mencionamos– de la feminización de la pobreza. Precisamente, sobre los diversos modos de entender el problema identitario, trabajan los artículos que integran la segunda parte de este libro. Por último, la filósofa estadounidense advierte sobre las maneras en que los diferentes tipos de lucha desajustan los procesos transnacionales que intentan alcanzar justicia social global, interfiriéndose entre sí y generando –somos testigos de ello– fuertes inestabilidades locales.

Por su parte, ¿cómo contemplar los problemas que surgen de las intersecciones analíticas de etnia, cultura y derechos de las mujeres? ¿Cómo aceptar los cánones de respeto a la «identidad» y las «tradiciones» cuando éstas arrastran vejaciones a los derechos de las mujeres? Y, en un sentido polémico tal como el sostenido en algunas obras por Gayatri Ch. Spivak, ¿cómo entender los derechos humanos de las mujeres por fuera del modelo ilustrado occidental, sin imposiciones jerarquizantes, como las que denunciaba ya hace más de veinte años Chandra T. Mohanty? ¿Qué lugar dar a las diferencias? ¿Qué criterios utilizar para sopesarlas?[4].

---

[2] Femenías, M. L. «¿Por qué es necesaria una mirada generizada?» en Dalmasso, M. T. & A. Boria (comp.) *Discurso Social y Construcción de Identidades: Mujer y Género (2006)*, Programa de Discurso Social, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba-CONICET, 2006, pp. 13-18.

[3] Femenías, M. L. «La construcción política de las identidades: Un alerta de género» en Huguet, M. & C. González Marín, *Historia y pensamiento en torno al género*, Madrid, Universidad Carlos III-Grupo Koré, 2010, pp. 159-190.

[4] Femenías, M. L. «Multiculturalismo y paradojas de la identidad» en Amorós, C. & Posada Kubissa, L. (coord.), *Feminismo y Multiculturalismo*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Secretaría General de Políticas de la Igualdad-Instituto de la Mujer, 2007, pp. 31-47.

Los trabajos de la presente obra exhiben diversas estrategias puestas en práctica por las mismas mujeres en búsqueda de respuestas a esas y otras cuestiones. Con todo, las líneas fundamentales del feminismo más reciente giran en torno al debate globalidad, multiculturalidad y redistribución, sin excluir ni los marcos medioambientales ni los escenarios propicios para el diálogo y la construcción de la Paz. En el complejo escenario que recorre el libro, la primera pregunta que me planteo es si aún hay espacio para que las mujeres nos constituyamos en agentes de cambio, encauzando –como quiere Judith Butler– la productividad del deseo, incidiendo en la *economía simbólica* que rige de circulación de los significados.

En consecuencia, distinguimos dos niveles: el de los discursos explícitos sobre los derechos alcanzados por las mujeres –cuya historia europea tan bien recorre Corrochano– y el de las prácticas que, para muchas mujeres siguen ancladas en los cánones estamentarios, a los que nos referíamos más arriba. El atravesamiento de la variable de sexo-género por la etnia, la opción sexual, la religión y la cultura, como las más significativas, produce una nueva lectura de la situación política y social de las mujeres y echa luz sobre nuevas trampas. Al mismo tiempo, permite entrever los modos en que se tejen dinámicamente los diversos mecanismos de exclusión. La segunda parte del libro se encarrila hacia ese horizonte plagado de desafíos, sobre todo teniendo en cuenta los más recientes desequilibrios económicos.

Las políticas de «vuelta al hogar» para las mujeres, a fin de despejar puestos de trabajo para los varones no son nuevas. Tampoco lo son las que promueven emplear mujeres y niños por menores salarios menores beneficios sociales. En cambio, sí es nuevo el escenario de la globalización. Si desde diferentes sectores se brega aún por revertir el discurso disciplinador que exaltó la misión sacrificial de La Mujer, entendida solo como madre, centrada en *sus* deberes y en *su* vocación natural en el cuidado del hogar, de los hijos y de los débiles –modelo que la misma Ilustración contribuyó a (de)construir y (re)construir– la situación actual está imponiendo nuevos modelos, igualmente degradantes. Tradicionalmente excluidas por inferioridad o por excelsitud del plano simple y llano de la igualdad, de los derechos, de los errores y de los aciertos, actualmente las mujeres son «significadas» como las «cuidadoras» de la familia y hogar, por un lado, y del planeta y sus reservas, por otro. La Mujer Ideal que aún nos ahoga ha cambiado su perfil. Quizá por eso, inscriptas tal como siempre en múltiples paradojas, debamos volver sobre las viejas herramientas para revisar y

repensar una vez más nuestras experiencias, y el libro de Elena Corrochano contribuye a ello.

Nuevamente, surge así la pregunta por la necesidad de una mirada de género. ¿No se hizo suficiente? (¿No se concedió suficiente?, se preguntan algunos) ¿Qué más queremos las mujeres? En principio, simplemente el derecho a poder querer más sin que se considere inadecuado o impropio hacerlo; donde «más» no solo remite cuantitativamente a una cantidad (en términos de más centros e institutos; más leyes, más estudios, más investigaciones, más estadísticas, etc.) sino fundamentalmente, un «más» (un «plus») signado por lo cualitativamente diferente. Un «más» cuantitativo que pueda llegar de su saturación y se abra a un «más» cualitativo, a un cambio de estructuras que favorezca un modo de vinculación del tejido social, la cultura, el conocimiento, la política, no centrados paradigmáticamente en el modelo patriarcal. Un paso de lo cuantitativo a lo cualitativo, como bien decía Hegel, que haga estallar desde dentro el paradigma tradicional androcéntrico y patriarcal.

Ahora bien, sabemos que los sexo-géneros son construcciones sociales con implicancias concretas y reales en la vida de los individuos. Sabemos también que esas construcciones de sexo-género continúan aún dentro del feminismo y que su deconstrucción afecta su resignificación. Si el sexo-género, en su carácter paradigmático, se vincula con la ideología patriarcal constituyendo el sitio primario de identificación de los sujetos, el problema excede la construcción ideológica de los sujetos mismos para convertirse en un asunto político; un asunto de las políticas públicas y un proceso de cambio transgeneracional, cuya homologación alienta la globalización, más allá de las políticas de Estado. Una vez más, paradógicamente para las mujeres, los intentos de regresar a un espacio del «sí misma», de la apropiación de su propia historicidad situada, por fuera de las homologaciones y los mandatos globales, choca con la mayoría de las veces que invocan un retorno a tradiciones. Precisamente son estas tradiciones las que las colocaron en un lugar de inmanencia, y así, las mujeres nos enfrentamos a un doble desafío: las relaciones que construyen, de un modo u otro, el tejido político de la ciudadanía y los diversos niveles de interdependencia transversal del tejido social. Dos frentes de acción: lo político y lo social.

De modo que, como vemos, la pregunta del título es meramente retórica y por respuesta solo cabe una rotunda afirmación. La discriminación de sexo-género sigue operando bajo nuevas máscaras retóricas y se prolonga

más allá de lo que *normalmente* aparece: un golpe, un grito, una descalificación. Su manifestación cotidiana se sostiene sobre bases muchísimo más profundas y, lamentablemente, por lo general, invisibles a la mirada ingenua. Por tanto, hay que despejar la *naturalidad* de ciertas situaciones, porque nos hacen perder de vista la fuerza de su construcción. «Nada en la naturaleza legitima un orden social discriminatorio», sentenció Simone de Beauvoir hace más de sesenta años. Sin embargo, este mirar nuestro entorno *naturalizadamente* nos inhibe en muchos casos de cuestionarlo, de interrogarlo y de desafiarlo. Porque la pregunta sobre la posibilidad de que una situación –resultado de un conjunto de fuerzas en tensión– tenga una historia y pueda ser de otra manera, se bloquea aún antes de que podamos formularla. Cuanto menos, entonces, la mirada alerta de género es necesaria para *desnaturalizar* el mundo y el conjunto de normas, relaciones y articulaciones sociales que lo conforman. El libro que nos complacemos en prologar es una contribución para generar mirada atenta y despejar articulaciones reificadas.

El sesgo genérico discriminatorio no es errático, casual o indistinto. Por el contrario, es coherente en el sentido de que siempre recae de una cierta manera sobre el mismo tipo de personas. Obedece a algunas pautas o premisas que se presuponen acríticamente o que se conocen mal. Y solo llegamos a descubrir gracias a una cierta incomodidad histórica, promovida por la «sospecha» de que el lugar natural de cada quien en el mundo es el producto de una construcción ni estrictamente voluntaria, ni estrictamente ingenua, pero que se acomoda en beneficio de unos y en detrimento de otras. Es cierto que esos colectivos no son en su interior homogéneos; pero es cierto también que *in toto* el genérico de los varones se beneficia sobre el genérico de las mujeres en los sistemas binarios o, sobre el genérico feminizado. Como subrayan las antropólogas, ninguna sociedad conocida cuida a sus mujeres tan bien como cuida a sus varones, incluida la sociedad occidental a la pertenecemos, sean cuales fueren los límites que queramos darle a un concepto tan laxo y difuso. Este dato ya es de por sí relevante y debería movernos a interrogarnos por sus causas, sus efectos, sus problemas concomitantes.

Por eso va una última sugerencia en la línea de la sospecha, que vertebró estas páginas: si el mundo cambia, con él cambian las situaciones, los modos de sesgar y de excluir a las mujeres. La tarea no está concluida porque no puede ni debe concluirse; las sociedades son dinámicas como dinámicas son sus estrategias de subordinación y de liberación. La globaliza-

ción, que ofrece un desafío, ofrece también las herramientas necesarias para un estado de alerta. Este libro es un buen ejercicio en ese sentido; ilumina zonas, muestra problemas, delimita nuevas cuestiones, recupera memoria. En suma, ayuda a descorrer el velo de la ceguera sexista que mantiene aún hoy, a pesar de lo avanzado del camino, en la invisibilidad situacional a las mujeres con sus zonas completas de problemas y de soluciones.

María Luisa Femenías

Doctora en Filosofía,
Directora del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género
de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
de la Universidad Nacional de la Plata.
Catedrática de Antropología Filosófica del Departamento de Filosofía
de la Universidad Nacional de la Plata.

Buenos Aires, 5 de marzo de 2012